

Mas ¿puede haber delincuencia
en quien, naciendo agraciada,
se ve sin tregua acechada
por el vicio o la indigencia,

si arteros logran al fin
manchar su nítido seno,
y revolver en el cieno
sus alas de serafín?...

¡Ah, catones! compasión,
que en muchos de esos deslices,
llevan ya las infelices,
el germen de redención;

pues sin guías ni sostén
en la gresca mundanal,
siguen la senda del mal
por ignorar la del bien.

PUBLIO HURTADO

Páginas antológicas (1)

El país



TIENE Extremadura gran unidad geográfica y características fisiográficas que nuestra región ofrezca condiciones naturales de las más favorables en el ámbito peninsular: Orográficamente constituye una penillanura con altitud media de unos 400 metros, gran ventaja respecto a la meseta de Castilla la Nueva, que es 250 metros más alta, y más ventaja aún sobre la planicie del Duero, de altitud media de unos 850 metros.

Abierto el territorio extremeño a los vientos y a la humedad del Atlántico, es más lluvioso que las Castillas, pudiéndose calcular la pluviosidad media anual en nuestro país en unos 500 milímetros, distribuidos en forma tal que casi se enlaza la época lluviosa del otoño con la de primavera.

Estas circunstancias, unidas a lo templado y suave de las temperaturas invernales, con mínimas pocas veces inferiores a 0°, y medias de Enero de 6·9° en Cáceres y 8·2° en Badajoz, producen un resultado de la mayor importancia, base de la riqueza ganadera del país, cual es el

(1) EDUARDO HERNÁNDEZ PACHECO.—He aquí uno de los hijos más ilustres de Extremadura, que nació en la villa de Alcuéscar. Fue el auténtico creador de la geografía científica en España y de la geografía del paisaje. Se le ha llamado con razón el Patriarca de las Ciencias Geográficas Españolas. Hizo importantes aportaciones con sus estudios sobre Geología, Paleontología, Geografía Física, Mineralogía, Prehistoria y Geografía del Paisaje. Fue un auténtico sabio que formó una legión de discípulos, empezando por su hijo don Francisco Hernández Pacheco, que continúan su obra imperecedera. Don Eduardo ejerció los más altos cargos científicos y colocó muy en alto el pabellón en todos los Congresos y reuniones científicas de España y del Extranjero, a los que asistió. A las numerosas recompensas que poseía hemos de agregar que también se hallaba en posesión de la medalla de Oro de la Alta Extremadura. Era don Eduardo Hernández Pacheco escritor de raza. Al discurso de gracias a la Excm. Diputación Provincial por la concesión de la medalla «Extremadura y los extremeños», pertenecen las formidables páginas antológicas «El país», que los lectores agradecerán y que debemos a la gentileza del correcto escritor don Santos Nicolás Rodríguez.

LA REDACCION

campo verde en el otoño y especialmente en el invierno, cubriéndose las dehesas extremeñas, tan pronto viene la otoñada, del tapiz herboso, que crece y se desarrolla lozano en los meses invernales, y al que, muy rara vez, cubre la nieve, que es, en todo caso, fugaz y pasajera.

En ninguna otra región tiene la campiña más amenidad y placidez que en Extremadura. Las onduladas llanuras y los oteros, salpicados de pintorescos roquedos graníticos y canchales de cuarcita, se extienden por el ámbito de la tierra extremeña, con el florido yerbazal, cubriendo el suelo y el encinar frondoso, ocupando dilatados espacios y llenando el ambiente primaveral de paz y serenidad. Hermosos días de plácido descanso espiritual en los amenos encinares, lejos del vertiginoso vivir de las grandes urbes. Bellas tardes de primavera, en los floridos campos extremeños, de suave y dulce tranquilidad, en donde al estruendo agotador de la populosa ciudad sustituye el melodioso sonido del primitivo caramillo del zagal entre el tintinear lejano de las esquilas del ganado, juntamente con las repetidas notas musicales de la elegante abubilla de movable penacho, y del escondido cuclillo, o del apagado canto de la rústica perdiz.

La encina y el olivo, el árbol de Júpiter y el árbol de Minerva; estas son las dos especies arbóreas, siempre verdeantes, propias, típicas y características de la tierra extremeña: la primera espontánea, la segunda cultivada; la encina fuerte y de porte majestuoso como el olímpico Zeus, padre de los Dioses; el olivo, emblema de la paz y de la cultura, don de Minerva, la de las palabras aladas, diosa resplandeciente y venerable.

Si se escogiese un árbol representativo y emblemático de España, ninguno lo sería con más razón que la encina, pues por todas las comarcas y regiones de la tierra hispana se extiende abundante y frondosa: desde el estrecho que une los dos mares principales hasta los ingentes acantilados de la costa cantábrica, y desde las tierras mediterráneas de Levante hasta las atlánticas del litoral lusitano. Y si este emblema debiera ser dos ramas enlazadas, de especies arbóreas diferentes, a la rama de la encina debiera unirse la del olivo, pues abarca su cultivo en nuestra pa-

tria mucha más amplia extensión y rinde mayor producto el olivar hispano, que el de cualquiera otra nación.

Ambos árboles son los que dan a Extremadura su mayor riqueza, siendo nuestros encinares, de fruto dulce y gustoso, los más extensos y productivos de todo el territorio hispánico; de lo dicho deducimos que, siendo la tierra extremeña donde más patente y con más fuerza se manifiestan estas características comunes al conjunto peninsular, llegamos a la conclusión que Extremadura, por sus características naturales, al igual que por las raciales e históricas—que estudiaremos luego—, es la tierra más genuinamente española, corazón generoso de la tierra hispana.

Tiene el sol de Extremadura —empleo este término en el sentido figurado de condiciones climatológicas de temperatura— características especiales que influyen grandemente en sus producciones naturales. Suave en los otoños e inviernos, su poder germinador y vivificante hace crecer pujante la vegetación y adelantarse los sembrados, que crecen altos, apretados y densos, en los campos cacereños, en las vegas del Guadiana y en la fértil tierra de Barros, mientras que en los valles del Jerte y del Alagón y en las abrigadas vallonadas de una y otra provincia, los naranjos, frondosos y bellos, se presentan cuajados de los dulces frutos del jardín de las Hespérides.

Después de la primavera, florida y fecundadora, al llegar el solsticio de verano, las lluvias se interrumpen, comienza la estación seca, muy larga en Extremadura. Salvo en las zonas de Gredos y de Gata, donde actúa el clima de montaña, es el verano, en toda la región, en extremo caluroso, especialmente en el valle del Guadiana, con temperaturas medias estivales de 26 a 27 grados y máximas superiores a 40 grados. El sol, ardiente y brillante en un cielo sin nubes, y el viento solano, extremadamente cálido y desprovisto de humedad, secan la vegetación herbácea; las mieses rinden su cosecha, y hasta pasado el equinoccio de otoño, sustituyese el verde de los prados por el amarillo de los pastizales, presentándose entonces las dehesas extremeñas con un nuevo aspecto, también bello, por el contraste que hace el amarillo del pastizal con el verde obscuro del encinar.

Pero este calor estival es el que da a los frutos de nuestra tierra el exquisito gusto y sus excelentes condiciones; es el que produce los inmejorables pimentales de La Vera y de las vegas del Tiétar; es el que da su sabor y cualidades, no superadas, a los higos de Almoharin, y, en general, a los de la extensa zona de higuerales situada en la base meridional de las graníticas sierras de Santa Cruz, de San Cristóbal y de Montánchez, desde las Miajadas a Alcuéscar; es el que adelanta la madurez y da el buen gusto a las uvas y sandías de Villanueva de la Serena; es el que produce la abundante cosecha vitícola de Almendralejo y de Guareña, y los buenos vinos de Brozas y de Montánchez.

La constitución geológica del territorio extremeño contribuye mucho a dar unidad a nuestro país. Casi todo él está formado por pizarras silíceo-arcillosas del Paleozoico inferior, más o menos metamorfozadas en pizarras cristalinas. En extensas comarcas de la de Badajoz, los neis micáceos ocupan grandes extensiones. Las cuarcitas silúricas destacan en la penillanura pizarrosa, constituyendo los accidentes topográficos más abruptos y pintorescos, sobre todo en las ásperas Villuercas, cuyos escarpados picos, de cumbres dentelladas, se elevan hasta los 1.443 metros de altitud.

En este conjunto pizarroso se intercalan extensas masas de granito, roca que forma la ingente sierra de Gredos y toda La Vera, constituye los berrocales de Trujillo, Miajadas y Alcuéscar y los comprendidos entre Cáceres y Alcántara, como también el escarpado picacho de Santa Cruz y la sierra de Montánchez, cuya cumbre, por su elevación de 994 metros y situación céntrica, es el más espléndido mirador desde el que se divisa toda Extremadura; formando también el granito amplias e irregulares zonas de la provincia de Badajoz, de las cuales la más extensa es la que se continúa por los Pedroches cordobeses.

Amplias llanuras, formadas por grandes espesores de aluviones, constituyen ancha banda entre la base de las montañas centrales de Extremadura y el valle del Guadiana; llanuras denominadas *rañas* o *rañales*, que son testigos residuales de la red fluvial de la época *pliocena*, cuan-

do el Guadiana no penetraba en Extremadura por el portillo de Cijara, sino por Puerto Rey y el puerto de San Vicente iba a verterse en el Tajo. Rañas antaño cubiertas de espesa vegetación de jarales y destinadas a cabreriles, y que en los últimos años del siglo pasado y en lo que va de éste han experimentado gran transformación, descuajándose el matorral y convertido lo que antes era albergada al ciervo, al corzo y al jabali y era criadero de lobos y de alimañas en extensas dehesas y tierras de labor que producen anualmente muchas toneladas de carne, lana, trigo y cebada, habiéndose aumentado de este modo en alto grado la riqueza del país.

Todos los terrenos mencionados, tanto los antiguos como los modernos, originan tierras de labor silíceo-arcillosas en las que falta o escasea en extremo el elemento calizo, pues las calizas de Extremadura afloran en reducidos manchones, constituyendo los llamados calerizos. Únicamente al Sur del Guadiana, por Lobón y Badajoz, entre otros sitios, y sobre todo en Tierra de Barros, el elemento calizo, bajo la forma de marga, entra en la constitución de las tierras de labor, resultando éstas por su mucho fondo, por la perfecta ponderación de sus elementos litológicos y por su fertilidad natural, la tierra más feraz de España, mucho más que la decantada Tierra de Campos, en los llanos vallisoletanos, y si acaso, comparable a las tierras negras llamadas de bujeo, en el valle bajo del Guadalquivir.

También son de fertilidad extraordinaria las grandes llanuras por cuyo eje avanza el Guadiana en meandros divagantes y en amplias tablas. El macizo de dioritas de Mérida, que hace describir al río un gran codo, corta el ancho valle en dos zonas: al Este la de La Serena, y al Oeste la que desde Mérida llega a Badajoz. Ambas fueron, al constituirse la red fluvial actual, al final del Plioceno y comienzos del Cuaternario, dos extensas lagunas pantanosas, rellenas de limos y de finas arenas arcillosas por la lenta acción del río; materiales ricos en elementos fertilizantes, de fácil laboreo y que conservan la humedad; propiedades del suelo que, unidas a las climatológicas, expli-

can la gran producción agrícola y pecuaria de las vegas del Guadiana.

Caracteres muy diferentes tienen los dos grandes ríos extremeños. El Tajo, de valle disimétrico, en todo su curso, en nuestro país; corre adosado al borde bajo del escalón que forma la meseta trujillano-cacereña, por honda zanja casi siempre, disposición que ha obligado a sus afluentes por la margen izquierda a encajarse en los duros terrenos paleozoicos en profundas gargantas, presentando, como también el río principal, excelentes condiciones para saltos productores de energía eléctrica. En cambio, los afluentes del Tajo por la margen derecha, al descender de las montañas del Norte y llegar a la baja llanura, al Sur de Plasencia, divagan por ella, llenándola de finos aluviones, como acontece al Tiétar, al Jerte y al Alagón, disposición que permite atajar sus corrientes con presas, ubicadas en las gargantas de salida al llano y establecer embalses para regadíos en las bajas planicies.

Muy otra es la característica del Guadiana, siempre de cauce anchísimo y valle llano y amplio, sin marcarse características diversas en los afluentes por una y otra margen. Es el Guadiana y sus valles adecuados para extensos regadíos, que con el tiempo sustituirán en las amplias vegas a los herbosos pastizales y a los cultivos de secano.

Sale el Guadiana de los laberínticos montes de Toledo y penetra en la llana Extremadura por el estrecho congreso del portillo de Cijara, el cual puede cerrarse fácilmente con una presa de la altura que se quiera, pero en la que cincuenta metros de elevación son suficientes para embalsar el río en un gran lago con dos extensas bifurcaciones: una, Guadiana arriba, y otra, por la vallonada de su afluente el Estena, con una cabida total de 434 millones de metros cúbicos, que no agotan, ni con mucho más, el caudal de ambos ríos. Este proyecto, ya por completo estudiado, es de realización fácil y en extremo económico, por lo cerrado, firme y en absoluto impermeable de la cerrada y de la zona que ocuparían las aguas, y por no exigir casi gasto alguno en expropiaciones, pues el embalse se extendería por terrenos yermos, propiedad del Estado.

Embalses laterales en los afluentes extremeños del Gua-

diana, tales como el Zújar y el Matachel, el Rucas y el Búrdalo, completarían este grandioso proyecto, para el cual no ha llegado aún la hora de su realización.

En todo lo que vengo diciendo se pone de manifiesto la gran riqueza natural de nuestro país en muy diversos órdenes: en el de la energía eléctrica producida por sus ríos; en el del agua para abastecimiento de poblaciones, y, sobre todo, para regadíos de producción espléndida, pues el calor germinador y fructificador no falta y las condiciones del suelo regable son excelentes por su topografía y constitución geológica; fuentes de riqueza que se suman a las agrícolas y ganaderas actualmente en explotación.

Extremadura constituye la gran reserva agrícola y pecuaria nacional, pues aunque en la actualidad es rica y productífera en extremo, aún puede multiplicarse mucho la producción de la tierra y aumentarse en alto grado la densidad de su población. Extremadura no es tan sólo el generoso corazón de España, es también el gran reservorio de sus energías vitales.

EDUARDO HERNANDEZ PACHECO

EL ESCRITOR

Escritor es sólo el hombre --según pienso-- que siente la necesidad de decir algo y, precisamente, a alguien, y así lo hace por medio de la palabra escrita; esto es: el hombre que compromete su pensamiento con la palabra, que dice y escribe y ante quien la escucha o lee. El hombre es siervo de la palabra que pronuncia, según el proverbio árabe, y rey de la que calla. Pues bien: aquel siervo --y no este rey-- es el escritor.

CAMILO JOSÉ CELA